



El Hogar

QUE TODOS ANHELAMOS

El bien no es una excepción pasajera, sino el destino final.

La idea de una “nueva tierra” suele provocar escepticismo. Muchos la colocan junto a promesas religiosas que suenan bien, pero que nunca aterrizan en la vida real. Sin embargo, la propuesta bíblica no nace del deseo de huir del mundo, sino de una lectura honesta de su fracaso. La violencia que se repite, la injusticia que se hereda, el dolor que no distingue edades ni credos y la muerte que siempre gana la última ronda revelan algo incómodo: este mundo no funciona como debería.

01 La Biblia no maquilla ese diagnóstico. Lo toma en serio y afirma que el problema no se resuelve con reformas parciales ni con mejoras morales graduales.



Lo que está dañado necesita ser renovado desde la raíz. Por eso la esperanza bíblica no apunta a abandonar lo humano, sino a restaurarlo. No plantea una eternidad despersonalizada ni espiritualizada, sino una vida plenamente humana, sin las fracturas que hoy la deforman. La promesa no es vivir menos cuerpo y más espíritu, sino vivir sin miedo, sin pérdida y sin corrupción.

03 No confía en la evolución moral de la humanidad ni en sistemas políticos mejorados.

Afirma que el cambio definitivo no nace de abajo hacia arriba, sino de la intervención de un Dios que no abandona su creación. No es la humanidad alcanzando la perfección, es la perfección viniendo a rescatar a la humanidad.

02

Allí, el tiempo deja de ser enemigo, el trabajo deja de desgastar, las relaciones dejan de romperse y la alegría deja de ser frágil.



No se trata de añadir algo a la realidad actual, sino de liberar a la realidad de todo lo que hoy la destruye. Algunos objetan que este lenguaje es demasiado idealista, que la historia demuestra que todo intento de “mundo perfecto” termina en fracaso. Y tienen razón... cuando el proyecto depende del ser humano. Justamente por eso la esperanza bíblica es distinta.

Lo más radical de esta promesa no es el lugar, sino la relación. La Biblia no culmina con personas yendo hacia Dios, sino con Dios acercándose definitivamente a las personas.

La distancia que hoy sentimos entre lo que somos y lo que deberíamos ser, entre lo que amamos y lo que perdemos desaparece. No porque dejemos de ser humanos, sino porque finalmente lo humano deja de estar roto.

La nueva tierra no es una recompensa para escapar del presente, sino la confirmación de que el amor, la justicia y la vida no fueron ilusiones temporales.

Si alguna vez has pensado que lo mejor siempre dura poco, que lo bueno se rompe y que todo termina igual, la promesa bíblica de una nueva tierra confronta esa resignación. Afirma que el bien no es una excepción pasajera, sino el destino final.

No es una fantasía para consolar, sino una respuesta coherente a un mundo que clama aunque no siempre lo admita por algo definitivo. Eso es lo que la Biblia llama hogar.